
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: P. Dr. Luis Baliña
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

<i>Editorial</i>	3	El mundo
<i>Étienne Michelin</i>	5	El “Mundo” en el Concilio Vaticano II
<i>Francisco Díez Fischer</i>	25	El juego abierto del mundo y las raíces de la vida
<i>Julia V. Iribarne</i>	35	Pierre Teilhard de Chardin, S.J., fenomenólogo del cosmos
<i>Jean Francois Chiron</i>	55	Paul Claudel, un cristiano en el siglo
<i>Emmanuel Picavet</i>	73	Los problemas de este mundo, ¿podemos dejarlos en manos del utilitarismo?
<i>Rebeca Obligado</i>	89	Caos o Cosmos: la elección de Antígona de Marguerite Yourcenar
<i>Jorge Mazzinghi (n.)</i>	101	“Ciudad abierta - Ciudad cerrada”

EL “MUNDO” EN EL CONCILIO VATICANO II

Étienne Michelin*

“Las palabras más corrientes son, a menudo, las más difíciles de definir; y éste es sin duda, el caso del término mundo” Esta reflexión inaugura un artículo que Jean-Yves Jolif publicó en Julio de 1965 en un número de la revista *Lumière et vie*, totalmente dedicado a la espera de la promulgación del “esquema XIII”, la “Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno” *Gaudium et Spes* (GS)¹, un texto del que el padre Congar pudo decir que era la “tierra prometida” del Concilio Vaticano II.

Para *el concepto de mundo*, Paul Clavier estima que “es tarea del filósofo definir los contornos y la significación del concepto de mundo. El filósofo: sin duda, pero ¿cuál?”². En la misma página señala lo siguiente: “si cada ser humano, confinado en su porción de

* Étienne Michelin, nacido en 1954, sacerdote en 1987, doctor en teología, enseña en Studium de Notre Dame de Vie. Ha publicado, principalmente, *Vaticano II et le “surnaturel”*, en las ediciones del Carmelo, 1993.

¹ En el artículo presente, las referencias al texto del Concilio están dadas una primera vez de manera integral, después en notación abreviada en el cuerpo del texto. Por orden de mención:

- *Constitución Pastoral La Iglesia en el mundo moderno Gaudium et Spes* (nota seguida GS),
- *Decreto sobre los medios de comunicación social Inter Mirifica* (IM),
- *Constitución sobre la sagrada liturgia Sacrosantum Concilium* (SC),
- *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium* (LG).

² P.Clavier, *Le concept de monde*, PUF, 2001, p.3

experiencias singulares, ve el mundo como él puede, hay todavía un mundo, ¿hablamos de la misma cosa cuando hablamos de mundo?" Un poco más adelante el autor se interroga: "¿cómo cada uno, limitado en el mundo, puede acceder a un punto de vista sobre el mundo, susceptible de ser intercambiado, discutido, compartido?"³. De hecho, abordar la cuestión del mundo no es pertinente sino en la consideración de un sujeto que tiene "conciencia del mundo".

Adoptando una progresión genética, por otra parte muy fragmentaria, me propongo señalar cómo la Iglesia católica en Concilio ha elaborado poco a poco su conciencia de ella misma y su conciencia del mundo. Lo haré proponiendo esta cuestión a los principales discursos pontificios que le conciernen directamente desde su anuncio el 25 de enero de 1959 por Juan XXIII, hasta su clausura por Pablo VI el 7 de diciembre de 1965⁴. Abordaré sucesivamente las diversas etapas de preparación, después de celebración. Para estas últimas daré algunas indicaciones sobre ciertos textos promulgados y sobre la concepción del mundo que ellos muestran. Se trata de un recorrido lineal que no pretende exhaustividad ni síntesis, pero que puede, quizás, devolver el gusto de interrogar el acontecimiento conciliar, cuarenta años después de su clausura.

1. La Iglesia, entre Dios y el mundo. La preparación del Concilio (17 de mayo de 1959 – 10 de octubre de 1962).

Precediendo la preparación propiamente dicha del Concilio, una consulta ante-preparatoria (17 de mayo – 30 de mayo de 1960), estuvo destinada a proveer los elementos "para alcanzar el objetivo principal: promover el desarrollo de la fe católica, la renovación moral de la vida cristiana de los fieles, la adaptación de la disciplina ecle-

³ *Ibid*, p.4.

⁴ Se encontrarán los discursos sea en la *Documentation catholique* (DC), sea en Juan XXIII, Pablo VI, *Discours au Concile*, Paris, Centurión, 1966. Algunas veces ha retocado la traducción

siástica a las necesidades y métodos de nuestro tiempo”. En términos discretos se ve aparecer aquí esta preocupación de la adaptación. Las 200 respuestas recogidas –El Vaticano I había tenido que tratar 224– se reunieron en doce volúmenes, de los cuales ocho contienen las contribuciones de los obispos. Inutilizables en ese estado, estos ocho volúmenes se clasificaron en dos libros, una especie de índice elaborado según el plan de los manuales de teología corrientes en 1960. Juan XXIII calificó esta clasificación como “trabajo vasto y grandioso”, pero ningún capítulo o sección de este resumen analítico concernía a “el mundo”.

Al comienzo del período preparatorio (5 de junio – 10 de octubre de 1962) el Papa precisa el objetivo del Concilio: “sobre el rostro de la Iglesia de Cristo, devolver su esplendor a los rasgos más simples y más puros de su origen para presentarla como su divino fundador la creó...”. A continuación describe la época moderna, un mundo que cambia su fisonomía, seducido por los bienes materiales, olvidado de los principios del “orden religioso y superior que caracterizaban la penetración y extensión de la civilización cristiana a través de los siglos”. Se trata pues “de revalorizar con toda su luz y su fuerza la sustancia (*ratio*) del pensamiento y la vida cristiana de los hombres, de la cual la Iglesia es depositaria y maestra por siglos”.

A partir de este momento, todas las intervenciones de Juan XXIII con respecto al Concilio están marcadas por esta preocupación. El 25 de diciembre de 1961: “la misión de la Iglesia es infundir la energía eterna, vivificante y divina del evangelio en las venas del mundo moderno”. Durante este período las múltiples comisiones preparatorias trabajan en la elaboración de esquemas (70 en total) que, a los ojos de algunos, serán ratificados por el Concilio. Ciertos obispos diocesanos y teólogos, de Roma y otras partes, se inquietan sin embargo: no encuentran en los textos propuestos a su examen las preocupaciones que ellos habían manifestado durante la consulta antepreparatoria.

El "Mundo" en el Concilio Vaticano II

El 11 de septiembre de 1962, Juan XXIII delinea un panorama del mundo. Estamos a un mes de la crisis internacional de Cuba: "La Iglesia hoy asiste a una grave crisis de la sociedad humana que se dirige hacia grandes cambios... Los hombres hoy en día no hacen tantos progresos en el orden espiritual como en el material. La cosa nueva y desconcertante es la constitución de organizaciones ateas militantes que invaden numerosos países. Sabemos que la visión de estos males lleva a algunos a un tal desaliento que no ven más que tinieblas envolviendo nuestro mundo por completo. Pero nosotros, queremos depositar toda nuestra confianza en el Salvador del género humano que no abandona a los hombres que él ha redimido".

La razón de la convocatoria del Concilio está claramente expresada: "El mundo tiene necesidad de Cristo y de su Iglesia que debe brindar a Cristo al mundo. El mundo tiene sus problemas. Cuántas veces busca con angustia una solución. Siempre la Iglesia ha tomado a pecho problemas tan graves. Ella ha hecho de ellos objeto de un estudio atento, y el Concilio ecuménico podrá proponer en un lenguaje claro las soluciones que reclaman la dignidad del hombre y su vocación cristiana".

De hecho, la misión del Concilio es doble. Por una parte, no es de la Iglesia que el mundo tiene necesidad, es de Cristo. Esta "necesidad de Cristo" implica el deber fundamental de la Iglesia: brindar a Cristo al mundo. Por otra parte, el Papa asigna al Concilio la misión de ser el portavoz del mundo entero, del mundo moderno, delante de Dios. En el pensamiento de Juan XXIII, la Iglesia y el mundo no son como dos realidades exteriores una de otra; tampoco dos sujetos situados cara a cara, como sería la situación para un diálogo. La relación existente entre estas dos realidades es más compleja. El mundo espera a Cristo; la Iglesia debe brindar a Cristo al mundo; la Iglesia lleva la respuesta del mundo entero, moderno, a Cristo. Portavoz de Cristo al mundo, la Iglesia es porta-respuesta del mundo a Cristo. Estando enunciado el principio, el texto precisa la misión de la Iglesia:

"¿Qué decir de las relaciones de la Iglesia y la sociedad civil?"

[...] Uno de los derechos fundamentales a los que la Iglesia no puede renunciar es a la libertad religiosa, la que no se reduce a la libertad de culto. Esta libertad la Iglesia la reivindica y la enseña. Es por ella que continúa soportando en tantos países pruebas angustiantes. La Iglesia no puede renunciar a esta libertad que es connatural al servicio que tiene que cumplir. Este servicio no se añade como un correctivo o un complemento a lo que otras instituciones tienen como tarea sobrellevar o se apropian. Es un elemento esencial e irremplazable del designio de la Providencia para guiar al hombre en el camino de la verdad. Verdad y libertad son piedras fundamentales sobre las cuales se edifica la civilización humana”.

Este discurso del 11 de septiembre de 1962 desarrolla una concepción global del mundo y de sus relaciones con Cristo. Juan XXIII muestra que la doble dimensión de esta misión exige para la Iglesia que ella actúe en libertad, una libertad ligada por naturaleza al servicio que tiene que cumplir: guiar al hombre en el camino de la verdad. Este servicio es, según Juan XXIII, piedra fundadora de la civilización humana, por consecuencia de la sociedad civil y del mundo políticamente nuevo. Todo esto se halla adosado al reconocimiento de un “designio providencial” sobre el mundo.

2. El nuevo “Pentecostés” (1 sesión, 11 de octubre – 8 de diciembre de 1962).

Retomando en ocasión de la apertura del Concilio (11 de octubre de 1962) las orientaciones trazadas por sus discursos precedentes, Juan XXIII pide que el esfuerzo del Concilio se vuelque particularmente sobre la formulación de una visión de conjunto:

“Es necesario que esta doctrina cierta e inmutable, que debe ser respetada fielmente, sea profundizada y presentada de manera que responda a las exigencias de nuestra época. En efecto, una cosa es el depósito mismo de la fe, es decir las verdades contenidas en

El "Mundo" en el Concilio Vaticano II

nuestra venerable doctrina, y otra es la forma en que estas verdades son enunciadas, conservando no obstante el mismo sentido y el mismo alcance. Hay que dar mucha importancia a esta forma y trabajar pacientemente, si es necesario, en su elaboración; se deberá recurrir a una manera de presentar que corresponda mejor a una enseñanza de carácter sobretodo pastoral”.

La primera sesión (11 de octubre – 8 de diciembre 1962), toma de contacto entre los actores, les permitió rápidamente medir el descalce- decalaje entre las contribuciones escritas para el período antepreparatorio y los documentos que ahora les presentan. Aparecen vivas tensiones. El 4 de diciembre de 1962 el cardenal Suenens propone que los esquemas sean refundidos según el doble eje de la Iglesia *ad intra* y *ad extra*. Esta proposición proveerá el hilo conductor de los trabajos conciliares.

Ante las dificultades muchas veces dramáticas, Juan XXIII guarda una serenidad que la enfermedad no logra debilitar. El discurso de clausura de la primera sesión es su último documento oficial sobre el Concilio. Desde el punto de vista de lo que nos preocupa, este discurso es muy interesante.

“Era necesario que los hermanos venidos desde lejos y reunidos alrededor del mismo hogar tomaran contacto para conocerse mejor mutuamente. [...]; ponerse al corriente de diversas experiencias, intercambiar y reflexionar y aprovechar los dones de orden pastoral que reflejan los climas y los medios de apostolado más diversos... Se comprende que hayan sido necesarios algunos días para llegar a un acuerdo sobre aquello que, la caridad siempre a salvo, era objeto de divergencias bien comprensibles, pero poco preocupantes. Estos debates providenciales han hecho resurgir la verdad y han hecho aparecer a la faz del mundo la santa libertad de los hijos de Dios, tal como ella existe en la Iglesia”

Siguen palabras de esperanza: el Concilio será la ocasión “del nuevo Pentecostés tan atendido que enriquecerá a la Iglesia con nuevas fuerzas espirituales”, de “un salto hacia delante del reino de Cris-

to en el mundo”, de la afirmación de los derechos supremos de Dios todopoderoso, de la fraternidad humana en la caridad, de la paz prometida sobre la tierra a los hombres de buena voluntad”. Este nuevo Pentecostés concierne, se percibe bien, a la vida interna de la Iglesia como a la relación entre Cristo y el mundo. Para Juan XXIII, existe una correlación entre el reconocimiento de los derechos supremos de Dios todopoderoso y la realización de la fraternidad humana en la caridad. Por cierto, el lenguaje de los derechos de Dios puede sorprender. Sin embargo, afirmando que “sin creador, la criatura se desvanece”. *Gaudium et Spes* (n.36) proclama exactamente la misma realidad.

Desde su ascensión, el 30 de Junio de 1963, Pablo VI introduce el concepto de diálogo para situar el ser y la misión de la Iglesia: “Hay otro diálogo en el que la Iglesia está comprometida hoy en día: el diálogo con el mundo moderno, es decir con el hombre moderno que, más allá de éxitos espectaculares en dominios hasta aquí inexplorados, parece haber divinizado su propio poder y quiere convertirse en Dios”.

El Papa descubre las voces profundas de este mundo moderno, trabajado también por el Espíritu y la gracia. Nos muestra que este trabajo secreto prohíbe al mundo contentarse con falsas apariencias de paz, de concordia, de justicia.

3. El Concilio, “ventana abierta sobre el mundo”, (segunda sesión, 29 de septiembre-4 de diciembre de 1964).

Al abrir la segunda sesión del 29 de septiembre de 1963, Pablo VI señala que el Concilio ha comenzado por dirigir un mensaje al mundo, y da su significación: “vosotros habeis querido, en principio ocuparos no de vuestros asuntos, sino de los de la familia humana, y dialogar no entre vosotros, sino con los hombres. Esto significa que este Concilio se caracteriza por el amor, el amor grande y urgente, el

El "Mundo" en el Concilio Vaticano II

amor que piensa en los otros antes de pensar en sí, el amor universal de Cristo". La mirada sobre el mundo, el diálogo con él está presentado por el Papa como un acto de amor, esencia misma de la Iglesia, y con ese título entra como constituyente esencial de la conciencia que la Iglesia tiene de ella misma. Habiendo tomado conciencia de ella misma, la Iglesia podrá "después trabajar en establecer un puente hacia el mundo contemporáneo" al cual mira, de frente, con realismo. "¿Por qué tantos lugares vacíos en el Concilio? ¿Dónde están los hermanos perseguidos? La mirada descubre a través del mundo otros malestares muy entristecedores. El ateísmo hace, progresivamente, perder al mundo la noción exacta de orden intelectual, moral, social que hace de éste un "mundo" y no un "caos". Mientras que el progreso perfecciona admirablemente los elementos de todo tipo de los cuales dispone el hombre, el corazón humano está cada vez más invadido por la soledad, la tristeza y la desesperanza".

Pablo VI nombra las dos principales desgracias: el ateísmo, por una parte, en tanto que borra de la conciencia del mundo el principio organizador que lo hace "mundo"; el desgarramiento creciente, por otra parte, entre el poder de obrar y la tristeza de ser. La elaboración de *Gaudium et Spes* permitirá correlacionar estas dos desgracias. Pero, durante el Concilio, "ventana abierta sobre el mundo", la Iglesia considera al mundo con comprensión, admiración teniendo en cuenta las diversas concepciones que él tiene de él mismo. Ella quiere servirlo, acrecentar su dignidad, no condenarlo, sino más bien sostenerlo y salvarlo: Quiere ser "como levadura vivificante y un instrumento de salvación para este mismo mundo".

Los textos promulgados en 1963 (sobre los medios de comunicación social, *Inter Mirifica* (IM) y sobre la Liturgia *Sacrosanctum Concilium* (SC) se contentan con algunas anotaciones. En el mundo "tal como es" (IM 11) los medios de comunicación hacen de cada hombre "un ciudadano de mundo" (IM 22). A la Iglesia "compete ser a la vez humana y divina, visible y rica en realidades invisibles, ferviente en la acción y ocupada en la contemplación, presente en el

mundo y, sin embargo, extranjera”, pero de tal manera que en ella lo que es humano esté ordenado y sometido a lo divino, lo que es visible a lo invisible, lo que es acción a la contemplación. Y lo que es presente a la ciudad futura que buscamos (SC 2).

4. La Iglesia para el mundo (3ª sesión, 14 de septiembre-21 de noviembre de 1964.)

Con ocasión de la apertura de la tercera sesión, Pablo VI analiza el proceso por el cual la Iglesia toma conciencia de ella misma: “Que no se crea que actuando así la Iglesia se entretiene en actos de complacencia en ella misma olvidando, por una parte, a Cristo, de quien recibe todo y a quien debe todo y, por otra parte, a la humanidad a la cual tiene la misión de servir. La Iglesia viene a tomar un lugar entre Cristo y el mundo: ella no está satisfecha en ella misma, no es una pantalla opaca, no tiene en ella su propio fin, pero desea con todo ardor ser toda entera de Cristo, en Cristo y para Cristo; igualmente toda entera de los hombres, entre los hombres y para los hombres, como una humilde y gloriosa mediación entre el Salvador y la humanidad, a fin de conservar y derramar la verdad y la gracia de la vida sobrenatural”. El puente que hay que tender hacia el mundo es la Iglesia ella misma: Además la Iglesia no está entre Cristo y el mundo, como el texto lo enuncia antes de corregirse: la Iglesia es de Cristo, en Cristo y para EL. Siendo igualmente de los hombres, entre los hombres y para los hombres, se puede decir que ella es “mediación entre el Salvador y la humanidad”, si se comprende que ella beneficia con la gracia de salvación que no deja de constituir la “mundo ya salvado” en Cristo para salvar al mundo, este “mundo que nos rodea con su interés, o su indiferencia, o incluso con su hostilidad”, y que el papa saluda en nombre del Concilio.

La tercera sesión ve el acabamiento de textos importantes (la constitución sobre la Iglesia *Lumen Gentium* (LG), el decreto sobre

El "Mundo" en el Concilio Vaticano II

ecumenismo *Unitatis Redintegratio*, y sobre las Iglesias orientales católicas *Orientalium Ecclesiarum*). Echando una mirada sobre el trabajo cumplido Pablo VI desea que "la doctrina de la Iglesia proyecte también su claridad sobre el mundo profano, en el cual vive y del cual está rodeada, y que ella atrae. Debe aparecer como signo en medio de los pueblos (cf. *Isaías* 5,26), para guiar a los hombres en su marcha hacia la verdad y la vida. En efecto, [...] la elaboración de esta doctrina [...] no olvida jamás a la humanidad que se encuentra en la Iglesia y constituye el medio histórico y social en el cual ella lleva a cabo su misión. La Iglesia es para el mundo". He aquí la afirmación que resume la convicción del papa: *la Iglesia es para el mundo*. Estas palabras podrían nutrir los reproches hechos al Concilio Vaticano II de haber abandonado el primado de Dios para negando la trascendencia, privilegiar el antropocentrismo de la modernidad,.

De los textos promulgados en 1964, retenemos la constitución sobre la Iglesia que desea responder al cuestionamiento: ¿Iglesia qué dices de ti misma? Es para el mundo (LG 1) que la Iglesia quiere precisar su naturaleza y su misión, ese mundo creado por el amor libre y eterno del Padre (LG 2), en el cual la Iglesia, es decir el reino de Dios ya presente *in misterio*, prosigue su crecimiento (LG 3). La Iglesia está en el mundo como sociedad organizada (LG 8) y como pueblo, instrumento de la redención de todos los hombres, para el mundo entero (LG 9). Los fieles, dispersos en el mundo, viven en comunión con el Espíritu Santo, rinden testimonio al que, principio de salud para el mundo (LG 17), ilumina a todo hombre para que finalmente tenga vida. Porque el hombre que vive sin Dios en este mundo está expuesto a los límites de la desesperación (LG 16). Por eso la Iglesia reza y trabaja hasta que el mundo entero sometido a Cristo, rinda todo honor y oda gloria a Dios Padre (LG 17).

La Iglesia, estructurada por la sucesión apostólica, lleva la misión de salvación para el mundo; una parte insigne de esa misión

compete a los laicos que, comprometidos en los deberes y trabajos del mundo, trabajan para santificarlo desde dentro, como un fermento (LG30-31) para santificarlo y en vista de consagrarlo a Dios (LG34). Portadores de la esperanza profética, son peregrinos en este mundo de tinieblas (LG35), se ayudan mutuamente para lograr una vida más santa para que el mundo, poco a poco impregnado del Espíritu de Cristo, alcance su fin en la justicia la caridad y la paz (LG36). Testigos de la resurrección de Cristo, nutren al mundo con frutos espirituales (LG38).

La relación entre la Iglesia y el mundo está caracterizada por verbos indisociables: servir, asumir, purificar, fortificar, elevar (LG 13). Es una relación dinámica: es el testimonio de la santidad, realidad misteriosa, realización en el hombre de la santidad de Cristo, el solo santo. (LG 39). Realización multiforme, la santidad no es otra cosa que la expresión plena de la caridad con la que Dios ama al mundo y lo salva (LG 41) Esta santidad es la realidad más profunda del cristianismo. En una palabra la Iglesia como pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo, está en el mundo en una relación de signo e instrumento para la unión íntima (entendamos singular) con Dios y para la unidad del género humano. Esta relación de sacramentalidad viene del hecho de que ella está en Cristo, Logos hecho carne, en razón de su realidad interior de comunión en la fe, la esperanza y la caridad (LG 1,8,48).

Pero un acontecimiento de importancia se produjo durante esta sesión: la presentación a los padres de lo que sería, al precio de una labor extenuante, la constitución pastoral *Gaudium et Spes*. El 2º de Octubre de 1964, Monseñor Guano, que murió en el empeño, hizo los trabajos de clarificación pedidos por el Concilio desde 1963. Eran cuatro los puntos: 1) El sentido teológico en el cual la palabra “mundo” era entendida en el esquema. 2) Las relaciones entre la Iglesia y el mundo. 3) La distinción y la relación mutua entre el orden de la Creación y el orden de la Redención. 4) La noción y el valor de los signos de los tiempos.

El "Mundo" en el Concilio Vaticano II

El relator analizó las dificultades para concebir y componer el texto, dificultades cuyo origen y razón son los mismos que su urgente utilidad: "La primera dificultad viene de la complejidad misma del problema doctrinal en cuanto a la relación entre la Iglesia y el mundo, y al mismo tiempo los múltiples sentidos de algunas palabras, particularmente el concepto de "mundo". Ocurre que los argumentos ellos mismos pueden ser resumidos y considerados desde diversos aspectos y visiones teológicas". Proporciona entonces precisiones importantes sobre el contenido del concepto de "mundo".

"Se trata del universo y de la familia de los hombres en su unidad y su diversidad. Tenemos que tener presente los diversos aspectos desde los cuales el mundo puede ser considerado: 1. en tanto creado por Dios; 2. en tanto que situado en pecado, 3. en tanto que salvado y santificado por Cristo y existiendo entre los gemidos de la espera.

Si bien es claro que estos aspectos son distintos entre sí, de hecho, existencialmente —como se dice— están mezclados. Cuando hablamos de mundo en este esquema, excluida una interpretación teológica más profunda, queremos hablar en primer lugar, del universo entero y de la familia humana, que vive sobre la tierra para alcanzar su fin según el designio preestablecido por Dios. Aquí es necesario señalar que en el mundo se encuentran elementos y acontecimientos que, en tanto ordenados al orden sobrenatural, tienen, sin embargo, caracteres y leyes propias. En este esquema se trata directamente de este orden terrestre de cosas. Siempre el mundo lleva en sí un signo de la presencia y del amor de Dios, pero también, ¡ay!, un signo de la negación de Dios".

Algunas observaciones se imponen. El punto de vista teológico se distingue del punto de vista fenomenológico. La radical ambivalencia del mundo es tenida en cuenta como un don existencial. El mundo no está identificado con el hombre, ni el hombre con el mundo, pero la familia humana y el universo entero, he aquí lo que constituye el mundo. El ordenamiento al orden sobrenatural de los

elementos y acontecimientos del mundo no oblitera su carácter propio y sus leyes propias. De donde una nueva precisión: el mundo designa lo que Monseñor Guano llama *el orden terrestre de las cosas*. El orden terrestre de las cosas no puede distinguirse en contra del orden sobrenatural. Quedará como tarea la articulación entre ellos, lo que, como veremos, GS llega a hacer.

5. El porvenir del mundo (4ª sesión, 14 de septiembre-8 de diciembre de 1965).

La historia como lugar teológico

Abriendo la cuarta sesión (septiembre 1965) Pablo VI se interesa en la situación histórica del Concilio; éste se inscribe en la realidad del mundo contemporáneo como la afirmación más fuerte, más clara y más humana de una religión sublime que el hombre no ha inventado, pero que Dios ha revelado. Esta religión es la relación de amor que eleva, que El, el Padre inefable, establece con la humanidad por mediación de Jesucristo su Hijo y nuestro hermano, en el Espíritu vivificador”. ¿Qué hace la Iglesia en Concilio? Una palabra le nace: “la Iglesia ama”. De este modo se encuentra nombrada la relación que la Iglesia mantiene con la realidad, cualquiera que ella sea.

El concilio ofrece a la Iglesia “la visión panorámica del mundo”, desde su toma de conciencia de que en ella desemboca “el río de la historia secular de salvación, la historia humana de un amor celeste”. Es por ello que la Iglesia en el mundo no es un fin en sí, sino un servicio para todos los pueblos: “ella debe hacer presente a Cristo a todos, individuos y naciones, de la manera más profunda y más generosa posible; es su misión propia”.

Los trabajos intensos de la cuarta sesión no pueden ser evocados aquí. Alcanzan la promulgación de once documentos que benefician, cada uno a su modo, la concientización conciliar llegada a su

El "Mundo" en el Concilio Vaticano II

madurez. El 7 de diciembre de 1965 Pablo VI pronuncia el discurso de clausura. Propone la cuestión central: ¿cuál es el valor religioso del Concilio Vaticano II? Comienza por delinear una tipología del tiempo del mundo y del tiempo: "un tiempo orientado hacia la conquista del reino terrestre, un tiempo en el cual el olvido de Dios es corriente y parece, sin razón, sugerido por el progreso científico, un tiempo en el que la persona humana que ha tomado más y más conciencia de ella misma y de su libertad, tiende esencialmente a afirmarse en una autonomía absoluta y librarse de toda ley que la sobrepase".

El mundo y el tiempo: dos conceptos que han llegado a ser inseparables en el curso del esfuerzo conciliar que estuvo dirigido a reconocer la historia como lugar teológico; es en la historia, y en un cierto sentido por ella, que el diálogo entre Dios y el mundo se establece y ofrece al hombre el doble y único reconocimiento de él mismo y de Dios

Poder y debilidad del mundo

El conocimiento recíproco de Dios y el hombre en la historia del mundo, conocimiento en el que, desde el punto de vista bíblico, Dios creador y salvador tiene la iniciativa, he aquí lo que el Concilio reconoce como la revelación hecha a Israel, y que culmina en Cristo. De hecho, la constitución dogmática *Dei Verbum* es considerada por el Concilio como el primero de todos los documentos conciliares. En su prólogo, el mundo entero está designado como la realidad global destinada a recibir el mensaje de salvación, y al escucharlo, a creer, esperar y amar. El término de este proceso es la comunión teologal con Dios en la historia hasta que el Verbo Encarnado, Hijo de Dios e Hijo del hombre, venga en la gloria de su Padre. Se nota entonces, hay desde el origen de la revelación una relación de don recíproco, de servicio recíproco, entre el pueblo de la alianza y el mundo, entendido como la familia humana en el universo que la rodea.

En esta perspectiva es necesario leer algunos textos de la constitución *Gaudium et Spes*. Desde el número primero una nota precisa que el mundo es el lugar en el cual el hombre está ubicado: el texto tratará de la doctrina de la Iglesia sobre el mismo hombre y sobre el mundo. El texto precisará cómo se pueden comprender las relaciones entre el hombre y el mundo. El mundo es una realidad de hoy, por consecuencia una realidad esencialmente histórica. El concilio tiene en vista el mundo de los hombres, la familia humana toda entera en medio del universo donde ella vive. Este mundo es “el teatro donde se juega la historia del género humano, el mundo marcado por el esfuerzo del hombre, sus defecto y sus victorias. Para la fe de los cristianos, este mundo está fundado y permanece conservado por el amor del Creador, mundo caído, por cierto, bajo la esclavitud del pecado, pero Cristo, por la Cruz y la Resurrección, ha destruido el poder del Maligno y lo ha liberado para que sea transformado según el designio de Dios y para que llegue así a su consumación.” (GS 2)

Esfuerzos, caídas, victorias, ésta es la experiencia del hombre en el mundo, el teatro donde se juega la historia del género humano. La fe cristiana pretende dar una significación a estas experiencias universales. Esta significación es doble. Por una parte, la realidad del mundo tiene su fundamento y su actualidad en el amor creador. Por otra parte, es un mundo esclavo del Maligno, al cual Cristo ofrece la posibilidad de la libertad, de la transformación conforme a lo que es en él mismo, y de su consumación. Los *por cierto... pero*, no deben llevar a ilusión: no designan absolutamente una suerte de mecanismo fácil, y el futuro “para que él sea transformado” compromete un “duro combate a través de toda la historia de los hombres” (GS 37).

El hombre mira el mundo en el cual evoluciona; su mirada comprende su propia realidad y genera en él entusiasmo y angustia. La Iglesia cumple su misión entablando un diálogo sincero con el fin de salvar al hombre y de restaurar el mundo; por consiguiente, es el

El "Mundo" en el Concilio Vaticano II

hombre en todas sus dimensiones el Sujeto y el contenido del diálogo (GS 3).

Los tres primeros capítulos de la primera parte de *Gaudium et Spes* serán consagrados a este tema. Antes la constitución pastoral se propone expresar la conciencia que el concilio tiene del mundo. "Se trata pues de conocer y comprender este mundo en el cual vivimos, sus esperas, sus aspiraciones, su carácter a menudo dramático" (GS 4). Varios rasgos pueden desprenderse. El mundo está marcado por cambios profundos y rápidos, provocados por el hombre, que se extienden al universo entero, al mismo hombre y que modifican sus maneras de pensar, de actuar en todos los dominios, comprendido el dominio religioso. El texto habla de crisis de crecimiento: "el hombre ve aumentar su poder", hasta el punto que "él no es más el que lo conduce". El conocimiento que él adquiere de sí mismo en su intimidad psicológica y en su comportamiento social no es suficiente para hacerle descubrir la dirección que debe imprimir a su existencia. El progreso en diversos dominios va de la mano con el acrecentamiento de desigualdades e injusticias. Cada vez más consciente de su unidad, el mundo experimenta al mismo tiempo los desgarrones más violentos. En el plano del pensamiento, las ideas se intercambian más y más; simultáneamente los conceptos fundamentales se tornan cada vez más ambiguos (GS 4). La organización social asiste en numerosas regiones a tensiones fuertes entre las concentraciones urbanas y la dispersión rural (GS 6).

En el momento en que el espíritu crítico permite sobrepasar una *concepción mágica del mundo*, el mismo espíritu crítico tiene como consecuencia una creciente dificultad para abrirse a la alteridad en todos los dominios, fragilizando los procesos de auto-acabamiento de la persona humana en la relación con lo otro, fundamento de la cultura, y con Dios, en quien el orden del mundo se origina. Teatro de la historia, el mundo está confrontado a una aceleración vertiginosa: este fenómeno, fruto de tecnologías en pleno desarrollo, parece imponer a la sociedad humana una relación con el tiempo que se torna

inhumana y enloquecedora: “Desafíos y enemistades mutuas, conflictos y calamidades sobrevienen, de los cuales el mismo hombre es causa y víctima” (GS 8).

La exposición preliminar de GS sobre el mundo termina por estas líneas, de una actualidad prospectiva: “El mundo moderno aparece a la vez como poderoso y débil, capaz de lo mejor y lo peor, y el camino de la libertad o de la servidumbre, del progreso o de la regresión, de la fraternidad o del odio se abre delante de él” (GS 9).

La mirada sobre el mundo en su modernidad conduce al hombre a interrogarse sobre él mismo, afirma el Concilio. ¿No será más exacto constatar que la violencia de los enfrentamientos conduce más bien al hombre del siglo XXI –ayudado en esto por la “hydra mediática” que parece a veces creerse “sin obligación ni sanción”- a ocultar toda forma de interrogación sobre él mismo? ¿El cuestionamiento colectivo no impide el cuestionamiento personal? Sea como sea la elección del Concilio es neta: “Los desequilibrios que recorren el mundo moderno están ligados a un desequilibrio más fundamental que tiene su raíz en el corazón mismo del hombre. Es en el mismo hombre, en efecto, donde combaten numerosos elementos. Por una parte, como criatura, hace experiencia de sus múltiples límites; por otra parte, se siente ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Solicitado de muchas maneras, está obligado a elegir y renunciar. Peor: débil y pecador, realiza a menudo lo que no quiere y no hace lo que querría. En suma, está dividido en él mismo, y es de aquí de donde nacen en el seno de la sociedad tantas y tan graves discordias” (GS 10).

La primacía de la persona humana sobre el mundo y la sociedad es claramente afirmada. *Gaudim et Spes* propone como definitivo que la respuesta a la pregunta sobre el mundo está contenida en la respuesta a la pregunta sobre el hombre. “El porvenir del hombre está en peligro si la humanidad no sabe procurarse sabios que experimenten y señalen la ruta que conduce, por lo visible a lo invisible” (GS 15).

Esta ruta es invitación al diálogo con Dios presente en el mundo como su origen y su término. Este diálogo muestra una relación íntima, permanente, vital, entre el hombre y Dios (GS 19). Renunciar a esta relación es inhumano, de manera que el humanismo ateo es un drama. Consentir a esta relación funda una autonomía sensata (GS 36), garante de una libertad en búsqueda de su propio ejercicio (GS 17), fuente oculta del bien común (GS 24), cumplimiento de toda forma de progreso (GS 38). De allí la afirmación que suena a comprobación: "El mensaje cristiano no aparta a los hombres de la construcción del mundo y no los incita a desinteresarse de la suerte de sus semejantes: por el contrario, les impone un deber más apremiante (GS 34). De donde también los gritos de alarma: "Por el olvido del Creador la propia criatura queda oscurecida" (cf. GS 36). "Acecha la tentación de juzgar que nuestros derechos personales son plenamente salvados cuando nos vemos libres de toda norma de la Ley divina. Pero por este camino, la dignidad de la persona humana, lejos de estar salvaguardada, perece" (cf. GS 41).

6. Conclusión

Monseñor Guano se interrogaba sobre la justa manera de articular el orden sobrenatural y el orden de las realidades terrestres. Al final de una búsqueda delicada *Gaudium et Spes* sintetiza su punto de vista en simples términos. Hay un único orden divino, desde el momento que el Dios único es Creador y Salvador (GS 41). Hay una vocación única del hombre y esta vocación es divina (GS 22). Esta vocación es atestiguada al secreto de la conciencia por la velada presencia creadora del Logos. En la absoluta kenosis del Logos hecho carne, que muere y resucita, se revela a toda libertad entorpecida por la ceguera que provoca la complicidad del mal y del Maligno. Revelada y por ello donada para ser recibida.

De este modo la dignidad singular, social e histórica de la persona humana está fundada sobre la relación-fuente del Logos crea-

dor. Ella es inamisible. Se manifiesta en su decisión de reconocer esta relación-fuente como dependencia liberadora. Se cumple en el consentimiento libre de recibir del Logos Encarnado Salvador el cumplimiento de esta liberación. Así también se ve exaltada la subjetividad singular y social. Mucho más se encuentra denunciada la ceguera de una subjetividad individualista o comunitarista que se autodeclara productora de su propia finalidad. De ese modo, finalmente, el “mundo” se encuentra arrastrado por el reconocimiento de su condición creada y la aceptación histórica de su condición de esclavo, en el movimiento histórico de su acabamiento hasta el final de los tiempos

Tal es, me parece, el principio unificador de la conciencia conciliar del mundo. Por consecuencia la ambivalencia histórica y casi metafísica del “mundo” aparece en un doble aspecto: es capaz de velar la presencia oculta del creador y de develar aquella del salvador, que es un solo y mismo Dios. Esta ambivalencia no es exterior al hombre y tampoco a la Iglesia. El Concilio enuncia la consecuencia histórica.

“De lo que resulta que el mundo no es ya el lugar de una verdadera fraternidad, mientras que el poder acrecentado del hombre amenaza con destruir al propio género humano. Un combate arduo contra el poder de las tinieblas atraviesa toda la historia de los hombres; iniciado en los orígenes, durará hasta el último día, como el Señor nos ha anunciado. Empeñado en esta pelea, el hombre debe luchar continuamente para acatar el bien, y sólo a través de grandes esfuerzos puede llegar a la unidad interior, con la ayuda de la gracia de Dios” (GS 37).

La síntesis del Vaticano II reconoce también al “mundo” un puesto central. Ese lugar es incomprensible fuera de un tomar conciencia de la relación dinámica entre creación y redención. La propia Iglesia recibe de esta relación dinámica su ser misión. Cada bautizado lo recibe en su conciencia.. Todo hombre lo aguarda como el camino de su unidad interior en fin posible y por consiguiente de su bien, personal, social (común) e histórico. Esta relación dinámica

El "Mundo" en el Concilio Vaticano II

pertenece al corazón de la fe católica. Debe, pues, ser enseñada no solamente como un prerrequisito callado, sino como buena nueva y, de alguna manera, como un fin: Recapitular todo en Cristo.

Traducción: Cristina Corti Maderna